

América Latina, la de entonces, ya no es la misma

LAURA BÉCQUER PASEIRO

EL ESCÁNDALO de espionaje de Estados Unidos en América Latina no solo sacó a la luz la intromisión en sus asuntos internos, sino también demostró lo mucho que han cambiado las relaciones entre el Norte y lo que este considera su “patio trasero”. Ahora existe una determinación de no dejarse intimidar y de enfrentar a la Casa Blanca, cosa que era impensable años atrás. Una región indignada alza su voz en todos los escenarios posibles para denunciar la violación de su soberanía.

El politólogo cubano Carlos Alzugaray no se sorprende por lo sucedido e indica a **Granma** que “bajo la legitimación de la Guerra Global contra el Terrorismo, Estados Unidos ha expandido sus mecanismos de inteligencia y espionaje. Quizás sea por un designio general o quizás porque los propios instrumentos han tomado vida propia y han extendido su espacio de acción para cubrir Gobiernos extranjeros”.

A su vez, el periodista brasileño Mauricio Savarese señaló recientemente a Russia Today que el espionaje “demostró que los días de la Doctrina Monroe, que durante 190 años fue el fundamento de la política exterior de Washington en la región, han terminado”.

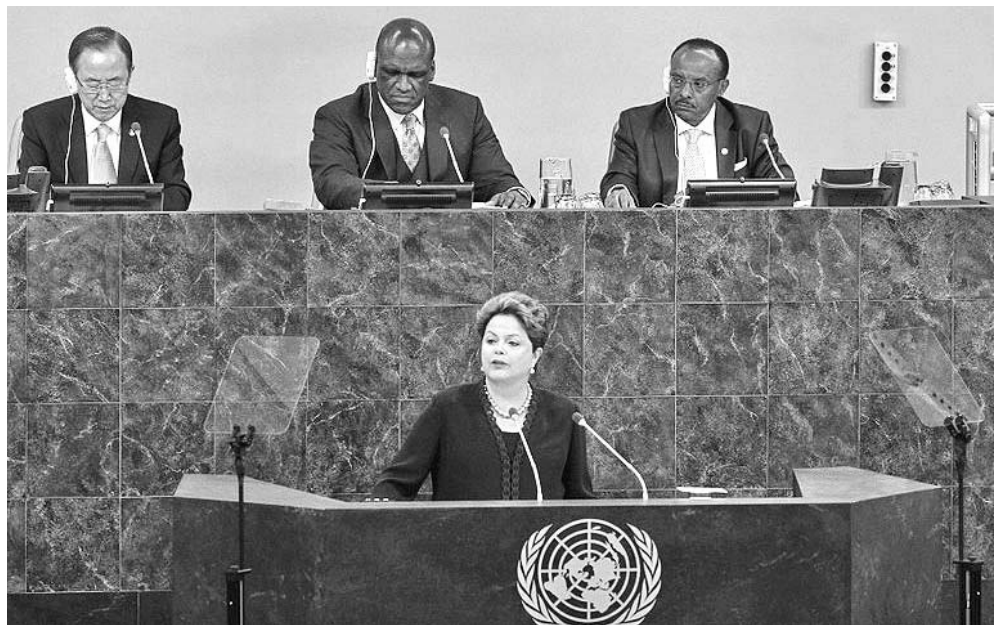
A diferencia de los países europeos, que se han comportado como cómplices de Estados Unidos, América Latina está

enojada, explica Savarese, mientras indica que la postergación de la visita oficial a Washington de la presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, así como el apoyo unánime a esta decisión por parte de los líderes latinoamericanos, “son pruebas de que los días de la Doctrina Monroe han terminado”.

Precisamente Brasil, uno de los blancos principales de las escuchas por su creciente papel en la geopolítica mundial, reclamó una explicación a Washington por lo sucedido. Ante la respuesta poco convincente y las excusas de la Casa Blanca de que espío para protegerse del terrorismo, la presidenta Rousseff, espiada también, dijo que su país sabía protegerse por sí mismo.

Al intervenir el martes pasado en el 68 periodo de sesiones de la Asamblea General de la ONU, no solo describió el espionaje de la Agencia de Seguridad Nacional norteamericana como una grave violación a los derechos humanos y las libertades civiles, sino que lo denunció como el “quebrantamiento del derecho internacional”, y una “afrenta a los principios de las relaciones entre los países”.

Sobre la reacción de Brasilia, el profesor Alzugaray comentó a este diario que ello “coincide objetivamente con la tendencia general observada en América Latina y el Caribe hacia más autonomía, más autodeterminación y hacia el rechazo de todo lo que huele a injerencia externa. La injerencia de Estados Unidos en los



La presidenta brasileña Dilma Rousseff al intervenir en la Asamblea General de la ONU. FOTO: PLANALTO

asuntos internos de los países de la región, en otros tiempos aceptada y tolerada, hoy ya no es aceptable”.

A la Presidenta se unieron también sus homólogos de Bolivia, Evo Morales, y de Uruguay, José Mujica. En el mismo plenario, Morales cuestionó el hecho de que los norteamericanos no solo espían a gobiernos que consideran enemigos y a ciudadanos comunes, sino también a sus aliados europeos.

En días pasados Mujica consideraba que Washington no podía pretender “cosechar amigos mientras hubiera sospechas de espionaje”. El Mandatario tocaba también un punto esencial: la necesidad de una independencia tecnológica. A su juicio, “con la evolución de las comunicaciones inalámbricas que

existen hoy, hay que suponer que todo se escucha y lo que no se escucha es porque no se quiere escuchar”.

Es por ello que, entre las primeras medidas destinadas a matizar los efectos de las escuchas, sobresale el anuncio de Brasil de crear sus propios centros de datos y conexiones a Internet para blindarse contra el espionaje de Estados Unidos. O sea, que los datos de los internautas brasileños sean guardados en servidores en su país, y no en Washington, como pasa actualmente.

Por lo pronto, la voz latinoamericana de denuncia retumba fuerte en los oídos de su vecino del Norte, porque parafraseando al poeta, América Latina, la de entonces, ya no es la misma.

Los ricos son más tramposos que los pobres

MANUEL E. YEPE

NO ES EXTRAÑO escuchar, como justificación para algún delito menor, que la corrupción y la deshonestidad derivan de necesidades económicas insatisfechas de determinados segmentos de la población.

Tal argumento no se sostiene a la luz del comportamiento del opulento 1 % de la población estadounidense que es dueño del 40 % de la riqueza nacional de los Estados Unidos.

Aunque la estructura financiera de la nación estadounidense —como la de todos los países capitalistas— está diseñada para favorecer a las capas privilegiadas de la población dueñas del capital, cada una de las corporaciones y cada supermillonario por separado dedican ingentes recursos a estudiar las formas y maneras de sacar beneficios de todo vericuetto legal, cada ángulo y cualquier omisión legislativa que les pueda propiciar privilegios adicionales. Ello incluye el estudio de métodos aplicables para el soborno de políticos y otros medios ilegales o pseudo-legales encaminados al incremento de sus beneficios a costa de los recursos que dejen de ingresar al fisco para ser dedicados a objetivos de beneficio social.

En los países capitalistas más desarrollados, los dueños de las mayores fortunas y las grandes corporaciones sufragan equipos de talentosos expertos, con todos los recursos más modernos de la tecnología y la ciencia, dedicados exclusivamente a trucar los sistemas impositivos destinados a recaudar los fondos que financian la salubridad, la educación y los servicios sociales del grueso de la población.

En cambio, los superricos crean y operan fundaciones “sin fines de lucro” supuestamente consagradas al financiamiento de proyectos filantrópicos, ambientales, culturales o caritativos, (muchas veces para paliar miserias que ellos mismos han provocado) que en mayor o menor grado encubren propósitos evasivos de impuestos.



Es impresionante la cantidad de trucos y deshonestidades en que incurre este acaudalado segmento de la sociedad norteamericana para expandir sus fortunas solo mediante la evasión de impuestos.

El periodista Dennis Sander, en un trabajo titulado *The Corporate Tax Dodgers* (Los evasores corporativos de impuestos) que publica la revista impresa y digital *Freedom Socialist* en su número de agosto-septiembre del 2013, define como dos caras de la misma moneda las acciones de evitar y las destinadas a evadir impuestos que practican estos grandes contribuyentes.

Evitar los impuestos se considera legal cuando la acción se ajusta a mecanismos mediante los cuales las pérdidas y los beneficios financieros pueden ser relocalizados o reclasificados a fin de no pagar impuestos, en tanto que la evasión sí se califica como delito.

“Pero si observamos los hechos por encima de las

etiquetas, veremos que prácticamente no se diferencian”.

Se estima que el 50 % del comercio mundial pasa por los llamados paraísos fiscales que son países, o zonas dentro de países, libres de impuestos o con impuestos muy reducidos. Suiza, Bahamas, Islas Caimán, Singapur, Hong Kong y Holanda se citan como los más conocidos, pero hay más de 80 de ellos en el mundo y mueven entre 21 y 32 mil millones de dólares cada año. La cifra no es exacta porque los capitales de la elite mundial que por ellos transita requieren de gran discreción, cuando no de absoluto secreto.

Sanders cita el caso de la corporación Apple que el pasado año trasladó 100 mil millones de dólares a una subsidiaria en Irlanda para evadir impuestos sobre utilidades. O el del multimillonario presidente de Microsoft, Bill Gates, cuya gigantesca Fundación Gates le ahorró, solo el pasado año, 18 mil millones de dólares mediante operaciones de “ayuda” filantrópica a África.

Hace notar el periodista-investigador Dennis Sanders que hay una gran variedad de formas que se utilizan para estimar las pérdidas de ingresos al fisco que causan los paraísos fiscales. “Por ejemplo, solo en el año 2011, las finanzas de los estados que forman parte de los Estados Unidos perdieron en su conjunto \$39 mil millones (dólares) y el Gobierno Federal dejó de ingresar \$150 mil millones, según estimados conservadores basados en tasas de ganancia bajas”.

De hecho, se promueve una “competencia fiscal” entre países, ciudades e incluso regiones de un mismo país por ver quién ofrece mayores beneficios fiscales y otras ventajas al capital peregrino. Ello se suma a los esfuerzos del Fondo Monetario Internacional por hacer que los países subdesarrollados liberalicen sus sistemas tributarios para hacerse más competitivos y atraer o mantener nuevos negocios.

A esto, agréguese otras deshonestidades en la contabilidad tan reprochables como las citadas, imputables a los insaciables dueños del capital, y compruébese que no son los pueblos —ni los más menesterosos— los que promueven la corrupción y los delitos económicos.